

ANÁLISIS TEÓRICO DEL DESARROLLO ECONÓMICO: UN ENFOQUE ECONOMETRICO *

Evsey D. Domar¹

I

En la teoría económica, el tema del desarrollo ha ocupado un curioso lugar, enfocándolo siempre en sus proximidades, aunque rara vez se haya ido al fondo de la cuestión. Se ha considerado como algo que tiene que acontecer necesariamente o bien como una reflexión. Mientras tanto hemos ido adelante estudiando jubilosamente la ocupación y la inversión, el interés y las utilidades, la acumulación de capital, los ciclos económicos y otros muchos problemas fascinantes que demandan, evidentemente, el uso explícito de la tasa de crecimiento, tratando ingeniosamente de encontrar una solución a esos problemas, en un islote teórico imaginario, en donde la propensión neta a ahorrar es compatible con un acervo constante de capital; el empleo completo con el equilibrio competitivo tradicional; y el capitalismo con una sociedad estacionaria, en la cual cada incremento del acervo de capital reduce el gasto de inversión, y en donde el ciclo económico se consideró, hasta hace poco tiempo, como una negación del sistema para volver con suficiente rapidez a su estado original de equilibrio estático.

Pero sería absurdo afirmar que el crecimiento económico es un tema nuevo. Los economistas historiadores se han ocupado de él formalmente por largo tiempo y, si no hubiera sido por su irresistible devoción a los hechos y por sus precauciones académicas, quizá hubieran dado rienda suelta a la especulación teórica del crecimiento, a pesar de cuán equivocados resultados hubieran podido encontrarse.² Entre los teóricos de la economía propiamente, en particular en las etapas pasadas, el tema del desarrollo no fue descuidado. Adam Smith, J. S. Mill y Marshall escribieron voluminosos y meditados capítulos en relación con la materia, aun cuando, no obstante, los dos últimos autores no pudieron evitar la elaboración de intrincadas teorías sobre la asignación de los recursos bajo condiciones estáticas. Más recientemente, encontramos a todo un grupo de autores, incluyendo a Ayres, Keirstead,

* Este artículo apareció en *The American Economic Review*, Papers and Proceedings, mayo de 1952, y fue presentado a la Reunión de la Asociación Norteamericana de Economía que se llevó a cabo en Boston el 28 de diciembre de 1951. Se publica con el permiso de *The American Economic Review*. La versión al castellano es de Oscar Soberón M.

¹ Debo las gracias a Edith T. Penrose, de la Universidad Johns Hopkins, por haber dado a este artículo un buen barniz de inglés.

² Véase, no obstante, el próximo libro sobre desarrollo económico de Walter Rostow. (El libro a que hace mención Domar apareció en 1952, con el título de *The Process of Economic Growth*, y fue publicado por el Instituto de Tecnología de Massachusetts. [T.]

Wright, y por supuesto al profesor Schumpeter, uno de los pocos economistas modernos que comprendió todo lo relacionado con el capitalismo.³ Sus contribuciones sobre el tema fueron un tanto románticas; pero ¿quién de nosotros no ha admirado y tratado de seguir el notable aliento de su pensamiento, en contraste con los no muy satisfactorios antecedentes de las controversias sobre el ahorro-inversión y los temas similares?

La tarea que se me ha asignado hoy, no obstante, se relaciona con los modelos de crecimiento que el programa llama “econométricos”, aunque para desvanecer cualquier falsa esperanza de parte de ustedes, debo confesar que mi principal nexa con los econometristas —si bien éste es periódico— son los ocho dólares que pago anualmente por su incomprensible revista. La comparación de esos modelos de crecimiento, en su etapa actual de desarrollo, con las maduras e impresionantes creaciones de nuestra teoría estática, trae a mi memoria las descripciones de los primeros mamíferos, pequeñas criaturas temerosas, completamente insignificantes, que deben haber rondado entre las patas de los dinosaurios, sin que su presencia se notara. Pero los hechos recientes muestran que este feliz estado de insignificancia está llegando a su fin. Aún más, que algunas de estas criaturas son capaces de transformarse en grandes elefantes. En la literatura económica, los modelos de desarrollo, interpretados éstos en su más amplio sentido, han aparecido en numerosas ocasiones, cuando menos a partir de Marx. De las diversas escuelas económicas, la marxista se ha acercado más, creo yo, al desarrollo de una teoría sustancial del crecimiento económico y habría tenido éxito si le hubiera prestado menos tiempo y esfuerzo a la defensa de las virtudes de su maestro. No obstante, han aparecido algunos modelos interesantes de desarrollo económico, altamente elaborados, en la literatura soviética.⁴

Entre los autores occidentales modernos, Cassel, Foster y Catchings, Kalecki, Lundberg, Paul M. Sweezy, Harrod, Fellner, Hicks, Schelling, Tsiang, Baumol, Hawking, Alexander y otros han hecho aportaciones importantes.⁵ No he tratado de sondear en los primeros modelos de

³ C. E. Ayres, *The Theory of Economic Progress* (Chapel Hill, 1944); B. S. Keirstead, *The Theory of Economic Change* (Toronto, 1948); David McCord Wright, *The Economics of Disturbance* (Nueva York, 1946), *Democracy and Progress* (Nueva York, 1948), and *Capitalism* (Nueva York, 1951).

⁴ Estos modelos soviéticos están mucho mejor elaborados en comparación con los intentos similares de Occidente, con la excepción del trabajo de Leontief que se menciona más adelante. Véase, por ejemplo, G. A. Feldman, “K Teorii Tempov Narodnogo Dekhoda”, *Planovoe Khoziaistvo*, núm. 11 (noviembre de 1928), pp. 146-170, y núm. 12 (diciembre de 1929), pp. 151-178; N. A. Kovalevskii, “K Postroeniiu Generalnogo Plana”, y la siguiente discusión, *Planovoe Khoziaistvo*, núm. 3 (marzo de 1930), pp. 115-209. El señor Gregory Grossman, del Centro de Investigación Ruso de Harvard ha llamado mi atención sobre estos artículos. Evidentemente fueron escritos como respuesta a los problemas prácticos inmediatos de planeación.

⁵ William Fellner proporciona una buena bibliografía de trabajos recientes sobre desarrollo en

crecimiento; parece que no estábamos preparados para ellos en ninguna forma, hasta haber digerido las consecuencias de la revolución keynesiana. De otro modo, sería muy difícil explicar el completo olvido de la profesión en relación con el modelo de crecimiento que se dio a conocer por Eric Lundberg en 1936, modelo que no es en ninguna forma inferior a la ahora famosa creación de Harrod de 1939, que a su vez tuvo que esperar casi una década para obtener su merecido reconocimiento, después de que fue necesario reproducirlo nuevamente en su libro.⁶ El interés actual en el crecimiento no es accidental; proviene, por una parte, del trasnochado conocimiento de que, en nuestra economía, el empleo pleno sin desarrollo es imposible y, por la otra, del presente conflicto internacional que hace del desarrollo una condición para sobrevivir.

El desarrollo económico está determinado por la esencia misma de la sociedad y, por lo tanto, la más amplia teoría del crecimiento debe considerar el medio físico, la estructura política, los incentivos, los métodos educativos, la estructura jurídica, la actitud en relación con la ciencia, los cambios y la acumulación, sólo para mencionar algunos factores. Ninguno de ellos podría tomarse propiamente como variable independiente, y el sistema requerido de relaciones simultáneas, ya sea que se expresen a través de símbolos o de palabras, sería muy compleja y probablemente inútil. El enfoque del tema, por lo tanto, nos conduce por lo general por caminos completamente diferentes: los enfoques generales y los modelos simbólicos muy simplificados, entre los cuales existe un gran abismo. Ningún enfoque, considerado por sí mismo, es satisfactorio; el primero es por lo general deficiente en el análisis y el último es muy estrecho y engañosamente exacto. Ambos deben observarse como los extremos opuestos de un puente, cuya construcción quizá algún día nos proporcione una teoría del desarrollo con la que podamos trabajar. No obstante, si cada uno de nosotros parte de su propia meta, esto no implica la falta de entendimiento del problema

su artículo "The Capital-output Ratio in Dynamic Economics", *Money, Trade and Economic Growth, in Honor of John Henry Williams* (Nueva York, 1951), p. 106. A continuación se hacen unas cuantas adiciones más: Gustav Cassel, *The Theory of Social Economy* (Nueva York, 1924), pp. 34-42, y *On Quantitative Thinking in Economics* (Oxford, 1935); William T. Foster y Waddill Catchings, *Profits* (Boston y Nueva York, 1925) y sus otras obras; Eric Lundberg, *Studies in the Theory of Economic Expansion* (Londres, 1937); Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista* (Fondo de Cultura Económica, 1958); T. C. Schelling, "Capital Growth and Equilibrium", *American Economic Review*, vol. 37 (diciembre, 1947), pp. 864-876; S. C. Tsiang, "Rehabilitation of Time Dimension of Investment in Macrodynamics Analysis", *Economica*, New Series, vol. 16 (agosto de 1949), pp. 204-217; David Hawkins, "Some Conditions of Macroeconomic Stability", *Econometrica*, vol. 16 (octubre de 1948), pp. 309-322; Sidney S. Alexander "The Accelerator as a Generator of Steady Growth", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 63 (mayo de 1949), páginas 174-197.

⁶ Lundberg, op. cit.; R. F. Harrod, "An Essay in Dynamic Theory", *Economic Journal*, vol. 49 (marzo de 1939), pp. 14-33, y *Towards a Dynamic Economics* (Londres, 1948).

como un todo, a pesar de que no confesemos a cada momento las limitaciones de nuestro método.

II

Podemos partir de la base, creo yo, de que no estamos interesados ni en el crecimiento del ingreso monetario por sí mismo, ni en el ensanchamiento de la capacidad productiva no utilizada. Por consiguiente, nuestro primer paso es proveer al sistema tanto de un lado de demanda como de un lado de capacidad de producción. Es probable que esté elaborando un punto obvio, aunque todavía en la etapa keynesiana quizá hubiera sido necesario considerar solamente el lado de la capacidad y suponer que existe una demanda adecuada. Por otra parte, los keynesianos más celosos hubieran tenido la inclinación a ignorar completamente el problema de la capacidad, como si trataran de justificar el agravio de Schumpeter en el sentido de que la *Teoría General* era una pieza de depresión en la economía.⁷ Actualmente no podemos perder de vista a ninguno de los dos. En seguida, nuestro problema puede formularse como sigue: suponiendo que la producción y la capacidad están en equilibrio en un principio, ¿bajo qué condiciones debe preservarse este equilibrio en el transcurso del tiempo?; en otras palabras, ¿cuál es la tasa a que debieran crecer para evitar tanto la inflación como el desempleo? Este método considera la capacidad económica como un concepto significativo y mensurable, aunque no necesariamente exacto. Hace varios años me sentía completamente culpable en relación con esto; aunque ya se ha discutido tanto sobre el tema que se hace innecesaria una extensa apología. El supuesto de que la producción y la capacidad están equilibradas en un principio se establece solamente por razones de conveniencia, a pesar de que en un problema cíclico este supuesto podría ser muy peligroso. Quizá una ligera presión de la demanda sobre la capacidad sería completamente saludable en una economía capitalista. Estas consideraciones pueden tomarse en cuenta fácilmente. Con el voluminoso caudal de supuestos a que me he referido, sospecho, no obstante, que la jornada de esta mañana va a ser larga y penosa; ¿por qué entonces llevar un exceso de equipaje desde un principio?

El siguiente paso es ponerse de acuerdo en relación con el nivel de agregación. No existe nada peculiar en este respecto en relación con los modelos de crecimiento y pueden elaborarse a cualquier nivel que se desee, partiendo de la base de que estamos dispuestos a sufrir

⁷ Véase, por ejemplo, Lawrence R. Klein, *Economic Fluctuations in the United States, 1921-1941* (Nueva York y Londres, 1950).

las consecuencias de una creciente complejidad al servirnos de un nivel menor de agregación. Existe un modelo, todavía no publicado, en el cual todas las series se descomponen por actividades, haciendo explícitos todos los resultados de los movimientos interindustriales.⁸ No obstante, el empleo de ecuaciones diferenciales hacen el método tan difícil que parece conveniente dejarlo para el final y principiar con los conceptos usuales de inversión total y consumo con los que nos hemos familiarizado durante los últimos quince años.

En el lado de la demanda tendremos, entonces, a nuestros viejos conocidos —el consumo (es decir, los gastos de los consumidores), la inversión (formación privada de capital) y por supuesto el gobierno (gastos en bienes y servicios)—. Como siempre, el sector gobierno es el que origina mayores dificultades de los tres, porque no disponemos hasta ahora de ninguna teoría del gasto gubernamental. En ausencia de ésta, podemos colocar los gastos del gobierno a la cabeza de los otros dos y considerarlos como un factor exógeno, unirlos con el gasto de los consumidores (o con la inversión destinada a ese propósito), o ignorarlos por completo. La última sugerión es por cierto la más conveniente de todas, y ese tratamiento del factor que origina dificultades tiene muchos antecedentes en la teoría económica.

La situación no sería tan mala si supiésemos algo acerca de la determinación de la inversión; pero debe indicarse que también fallamos en este aspecto. El hecho de tener esas dos variables ilusorias no crea ninguna dificultad matemática especial, pero es ciertamente demasiado para una presentación oral. Por tanto, en todo lo que sigue nos olvidaremos por completo del sector gobierno o mantendremos en nuestra mente los ajustes convenientes en relación con él.

De las variables que quedan, la inversión y el consumo, seguiremos la costumbre keynesiana de tratar a la inversión como la activa (independiente), atando el consumo a sus faldas. Esto supone el empleo de alguna función-consumo (o de varias funciones en caso de desagregación) —un instrumento cuya validez parece estar sujeta a los propios ciclos de nuestra fe—. Casi desde la guerra, nos hemos sentido más bien defraudados en relación con las funciones-consumo, pero desde hace un año, aproximadamente, Tom Davis, un estudiante graduado en Hopkins, descubrió que un par de funciones-consumo sugeridas originalmente por Modigliani y Duesenberry dieron excelentes resultados cuando las líneas de regresión de 1929-40 se extrapolaron, con pequeñas modificaciones, a los años de posguerra, incluyendo 1950.⁹ Por consiguiente,

⁸ Éste es el modelo dinámico de insumo-producto de Leontief. Véanse más adelante, pp. 291 y 292.

⁹ Tom E. Davis, "Prediction and Various Consumption Functions", presentado a las reuniones de la Sociedad Econométrica, Boston, en diciembre de 1951.

me siento muy optimista, cuando menos por unos días más, hasta que se pueda disponer de las cifras de 1951. Esas funciones, cuando se aplican a una economía en crecimiento, hacen del ingreso disponible consumido, esencialmente una función lineal de su tasa de crecimiento. No obstante, para nuestros propósitos, cualquier función-consumo razonablemente válida podría desempeñar ese papel.

Todas ellas son funciones del ingreso disponible. Pero para obtener este último, debe establecerse el tratamiento de la depreciación, de las utilidades no distribuidas y de los impuestos. La depreciación puede manejarse ya sea excluyéndola completamente y trabajar con magnitudes netas, o —lo que sería más correcto— incorporándola en forma explícita al sistema. Las utilidades no distribuidas podrían hacerse una función del producto total y de otras variables (de la tasa de utilidades o de la utilización de la capacidad). Esto podría no ser muy fácil, y en el peor de los casos quizá podría sumarse a los ahorros personales. Los impuestos, de los cuales tenemos una gran variedad, son menos fáciles de manejar y es aquí cuando apreciamos una vez más la conveniencia de suponer completamente fuera al gobierno. Si estamos interesados principalmente en la teoría del desarrollo, más bien que en su medición, la idea no puede ser mala en ningún caso.

Los intentos para obtener una función-inversión en términos de producción, utilidades, acervo de capital, tasa de interés y otras variables no ha tenido éxito hasta la fecha, y en la etapa actual de nuestro conocimiento podría igualmente admitirse nuestra ignorancia y tratarla como una variable independiente. Esto nos priva del placer de tener un sistema mutuamente determinado y autopropulsor, a semejanza de un modelo del ciclo económico, que permita trazar la tendencia que seguirá realmente el producto. Sólo seremos capaces de determinar la tasa o tasas de crecimiento de la inversión y del producto que, *en caso de mantenerse*, traerá aparejado el equilibrio entre la producción y la capacidad.

Resumiendo entonces: el lado de la demanda de nuestro sistema consiste, antes que nada, de la inversión (o de diferentes clases de inversión), como una variable independiente, y del consumo atado a ella mediante una relación funcional vía ingreso disponible, previendo o no la existencia del gobierno y de otros factores, como la depreciación. Este lado de la demanda será utilizado en los diferentes modelos de crecimiento a los que hacemos referencia. En tanto que no es necesario especificar las relaciones exactas entre la demanda total y la inversión, es importante señalar que el incremento de la demanda no es una función del nivel de la inversión (y de otras cosas), sino de un *incremento* de la inversión. En otras palabras, la tasa de crecimiento

de la demanda es una función de la tasa de crecimiento de la inversión (y de otros factores). Pero la relación entre la inversión y la capacidad es diferente, y esta falta de simetría es extremadamente importante.

III

Si fue difícil expresar la tasa de crecimiento de la demanda de bienes y servicios en términos de unas cuantas variables relativamente sencillas, nuestra tarea en relación con el lado de la capacidad es aún más compleja —y los resultados son mucho menos dignos de confianza—. Todo está supuesto aquí —el crecimiento de la fuerza de trabajo y los cambios en su estructura, las horas trabajadas, el entrenamiento y destreza de los trabajadores, el volumen de su esfuerzo, las condiciones institucionales, los movimientos geográficos, la acumulación de capital y la más importante y evasiva de todas las variables— el progreso tecnológico entendido en un sentido amplio, que cambia la naturaleza de la mano de obra y del capital así como todo lo demás. La naturaleza de esos factores y de los cambios de ellos todavía está muy imperfectamente determinada; ni la mayoría de ellos puede analizarse por separado del lado de la demanda, porque cualquiera afirmación que se haga en relación con los cambios de la población, la inversión y el progreso tecnológico no puede ser independiente indudablemente, de los movimientos de la demanda. Pero estas dificultades son bien conocidas y no se lograría mucho lamentándose por ello. Si nuestros constructores de modelos hubieran esperado hasta que estos problemas hubieran estado resueltos, no habrían logrado el modesto progreso que han tenido la suerte de alcanzar.

La construcción de un modelo, o de cualquier teoría sobre la materia (el escribir una novela, un breve cuento o una obra musical), consiste en pescar de la enorme y compleja masa de hechos llamada realidad, una clave sencilla y fácil de manejar que permita sustituir a la realidad misma, al unir todos los hechos en forma inteligente y para ciertos propósitos. La simplificación es el meollo de este proceso y quienes se lamentan de la “sobre-simplificación” de la teoría económica pierden frecuentemente de vista su objetivo. Sería muy fácil añadir unas cuantas variables más, aunque ambos lados del sistema (ya sea formal o no) y sus resultados se pueden volver completamente imposibles de manejar. La decisión de cómo y dónde simplificar, qué variables considerar y cuáles abandonar, es decir, la esencia pura de la teoría, siempre fue y seguirá siendo un arte de lo más sutil.

Volviendo a nuestro problema inmediato, el enfoque más directo y evidente para estimar los cambios de la capacidad consistiría en em-

plear alguna función-producción o varias funciones (depende del nivel de agregación deseado). El trabajo de Cobb-Douglas fue muy prometedor en este aspecto, y es lamentable que se haya enmarañado con etiquetas metodológicas y que no se haya hecho ningún intento, al menos conocido por mí, para atarlo a una función-demanda y obtener entonces la tasa (o tasas) de crecimiento requeridas para mantener el equilibrio adecuado entre la producción y la capacidad.¹⁰ Si recordamos que la función-producción de Cobb-Douglas (originalmente aplicada a las manufacturas) consistía de sólo dos variables —trabajo y capital, con sus exponentes sumándose uno a otro (para alcanzar homogeneidad)— y que se supuso un coeficiente constante en el progreso tecnológico, ustedes se asombrarían por la valentía, si no es que por la temeridad de sus autores; a pesar de ello, éste no es de ningún modo el modelo más sencillo de crecimiento. No he trabajado con él porque me pareció demasiado complicado, pero probablemente tiene excelentes posibilidades y, sin duda, merece una investigación.¹¹

Los economistas prácticamente predispuestos se han negado por lo general a someterse a alguna función-producción explícita, como la de Cobb-Douglas, cuyo uso requiere no sólo de series de insumo de mano de obra, sino también de capital, o cuando menos de incrementos de capital, así como de la evaluación de los coeficientes; todo ello se ha considerado como una especie teórica sospechosa. En su lugar han empleado un recurso muy sencillo que hace de la producción una función de los insumos de trabajo (horas-hombre trabajadas), infladas por cierto incremento en la productividad de las horas-hombre. Tales estimaciones se han hecho en niveles agregativos, cuando menos como una primera aproximación; alternatively, los insumos de mano de obra y los incrementos en la productividad se han computado por actividades y más tarde se han agregado.¹² Realmente tenemos aquí otra función-producción, no menos específica que la de Cobb-Douglas, en la que la producción es igual al insumo de mano de obra multiplicada por las series de tiempo que se supone reflejan los movimientos de todos los otros factores —capital, progreso tecnológico y todo lo demás—. Para muchos propósitos prácticos, éste no es el peor o cuando menos no es el método más trillado de estimar la producción futura, si bien el supuesto de que los cambios en la productividad de la mano de obra,

¹⁰ Paul H. Douglas, *The Theory of Wages* (Nueva York, 1934); también Grace T. Gunn y Paul H. Douglas, "The Production Function for Australian Manufacturing", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 56 (noviembre de 1951), pp. 108-129. Para una crítica de este enfoque, véase Horst Menderhausen, "On the Significance of Profesor Douglas' Production Function", *Econometrica*, vol. 6 (abril de 1938), pp. 143-153.

¹¹ Este trabajo se ha iniciado por el profesor Arnold Harberger de la Universidad de Johns Hopkins.

¹² Véase, por ejemplo, E. E. Hagen y N. B. Kirkpatrick, "The National Output at Full Employment in 1950", *The American Economic Review*, vol. 34 (septiembre de 1944), pp. 472-500.

obtenidos del pasado, son en cierto modo independientes del volumen de inversión llevada a cabo en el período estudiado, y crea algunas veces confusión, particularmente cuando se emplea para predecir el futuro nivel de la ocupación. La estimación de la producción total, obtenida mediante la multiplicación de los insumos de trabajo por la productividad supuesta se compara con la demanda total que consiste en los gastos del gobierno, el consumo y la inversión, calculados por separado. Pero en este caso se ha supuesto de antemano un cierto volumen de inversión en el incremento previsto de la productividad del trabajo, y podría preguntarse si disponemos todavía de la libertad de suponer un volumen de inversión perfectamente arbitrario en el lado de la demanda, a menos que el período estudiado sea extremadamente corto. O bien, si partimos de cierto volumen de inversión del lado de la demanda, ¿tenemos la justificación de suponer un incremento independiente de la productividad del trabajo? Quizá se debe al empleo de este método que cierto estudio pronosticó un producto nacional bruto (en términos reales) para 1960, que fue de hecho alcanzado desde una década antes.¹³

No importa qué tan grandes puedan ser las virtudes prácticas de un enfoque vía productividad del trabajo, éste no se ha traducido en un modelo de crecimiento como tal, porque está preocupado sólo con el panorama del lado de la capacidad y permanece desvinculado del lado de la demanda, en donde no encontramos ni la fuerza de trabajo ni su productividad, sino el consumo, la inversión y las compras del gobierno. Si cada nuevo miembro de la fuerza de trabajo diera origen a cierto volumen de inversión, o si se le dotara con una suma de dinero para que la gastara a placer, podríamos inmediatamente considerar esos hechos del lado de la demanda del modelo y obtener la tasa de crecimiento de la mano de obra que permitiría mantener el equilibrio entre la demanda y la capacidad. O bien, si pudiésemos establecer alguna relación entre los cambios en las horas-hombre trabajadas y la propensión a ahorrar de la comunidad, podría presentarse una posibilidad similar. Atendiendo a la realidad, no obstante, en el lado de la demanda de la ecuación el principal papel está desempeñado por la inversión, con el consumo atado a ella, y los gastos del gobierno están determinados por el Congreso; en tanto que en el lado de la capacidad, aparece el incremento esperado en las horas-hombre, multiplicado por un factor de crecimiento de la productividad obtenido en alguna forma de la experiencia pasada, sin una participación explícita de la inversión, de modo que los dos lados permanecen extraños uno al otro sin que sea posible su in-

¹³ J. Frederic Dewherst y otros, *America's Needs and Resources* (Nueva York, 1947), y Robert W. Hartley, *America's Capital Requirements Estimates for 1946-1960* (Nueva York, 1950).

tersección, o mejor dicho, aun sin que aparezcan juntos en el mismo diagrama. No quiero dar a entender que se desprecie el uso de este método en muchas ocasiones; pero en este momento no sé cómo unir los dos extremos en uno solo, en tal forma que no quedaran flotando en el aire.

Se indicó que el método precedente era deficiente porque la inversión —el componente activo de la demanda— no aparecía en forma explícita del lado de la capacidad. El último, repetimos, se formó por el incremento en los insumos de trabajo, a su vez que en la productividad (o productividades) se reflejaba ya la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Supóngase que invertimos los papeles del capital y la mano de obra, y que construimos el lado de la capacidad con los incrementos de capital, es decir, con la inversión y que registramos su productividad promedio en la cual el crecimiento de la mano de obra y el progreso tecnológico hayan sido ya tomados en cuenta. Desde el punto de vista teórico, el capital también es un factor de producción, como lo es el trabajo; en una sociedad industrial moderna sería más correcto referirse al trabajo como un complemento del capital y no a la inversa. Entonces, con la inversión como elemento activo en ambos lados, la ecuación está completa, las curvas se cruzan y sus intersecciones nos dan la tasa requerida de crecimiento.

Por un momento esto parece muy bien; pero más tarde surgen las dudas. ¿Qué se quiere significar por inversión o acumulación de capital en este caso, y cómo ha de medirse su productividad? ¿Posee la última suficiente estabilidad para hacer posible su manejo? ¿Por qué no ha sido mencionado el mecanismo de precios siquiera una vez hasta ahora? ¿No es una hazaña digna de Don Quijote tratar de expresar el incremento de la capacidad productiva de una sociedad grande y compleja por medio de los incrementos de capital y sus productividades, aun si se descompone por actividades?

Estoy seguro que los autores de estos modelos deben sentirse culpables de la mayoría de los cargos y que su defensa deben establecerla sobre la base de que la teoría económica está llena de criminales como ellos mismos. El modelo supone simplificaciones heroicas. ¿Pero son éstas más heroicas que la reducción del todo complejo de las decisiones de gerencia en un mundo incierto a la intersección del costo marginal y las curvas de ingreso, que nosotros aceptamos tan prontamente quizá porque las aprendimos en nuestra infancia profesional? Parece que hemos aceptado el método de la productividad del trabajo y éste origina cuestiones similares, tomando en consideración las grandes experiencias que hemos tenido en relación con él.

Aun cuando la productividad del capital no es un concepto nuevo

y ha sido empleado por largo tiempo en modelos de aceleración, no existe duda que el empleo del capital como el factor de la producción crea muchos problemas que no han sido resueltos todavía. Lo que nosotros deseamos es la inversión que pudiera estar relacionada funcionalmente con un incremento en la capacidad productiva; lo que obtenemos de las estadísticas son los gastos de capital definidos de acuerdo con el *Bureau of International Revenue*, con unas cuantas correcciones. No es necesario que los dos coincidan, y hay otros muchos desembolsos, en investigación por ejemplo, que no están clasificados como inversión, pero que incrementan la capacidad. En la misma forma se encuentran algunos gastos del gobierno.

Ciertamente, no se supone aquí que el capital sea el único creador de capacidad productiva. En los modelos de la mano de obra ya estudiados, no se negó la importancia de otros factores —capital, tecnología, etc.—, pero se supuso que sus efectos podrían medirse vía incremento de la productividad del trabajo. En forma similar, aquí tratamos de expresar el efecto sobre la capacidad de todos los otros factores distintos a la inversión vía productividad de la última. La productividad del trabajo se ha incrementado en cerca de 2% o algo así al año. ¿Cómo se ha comportado la productividad del capital a través del tiempo?

De la teoría tradicional, hondamente arraigada a la ley de los rendimientos decrecientes y a su corolario, la concentración de capital, podríamos esperar una disminución secular en su productividad porque aquél se ha incrementado con mucha mayor rapidez que el trabajo. El estudio estadístico de la productividad del capital está todavía más bien en su primera fase, pero la información disponible en la actualidad parece indicar que la productividad media del capital, en este país, no ha cambiado mucho en general durante los últimos 80 años aproximadamente.¹⁴ Ciertamente no ha disminuido, y es probable que haya aumentado algo. Evidentemente, el progreso tecnológico tiene más que contrarrestar el insuficiente crecimiento del trabajo.

Nuestros modelos de crecimiento no requieren que la productividad del capital permanezca constante: sólo que sus cambios sean conocidos y razonablemente regulares. Como una primera aproximación puede suponerse que sea constante: esto simplifica enormemente el empleo de las matemáticas, pero deberíamos tener cuidado de no caer en una trampa similar a aquella de la constancia de la velocidad de circulación del dinero, supuesta hace algunos años. La última también parecía muy estable y se pensó que había enraizado tan profundamente en nuestro

¹⁴ Fellner, *loc. cit.*, véase también su documento *Long-Term Projections of Private Capital Formation: The Rate of Growth and Capital Coefficients*, presentado a la Conferencia para la Investigación del Ingreso y la Riqueza, mayo de 1951.

escenario institucional hasta hacerse inmune a los cambios súbitos. Ustedes conocen el resultado, y lo que hubiera podido ser un útil instrumento de análisis en un tiempo se transformó ciertamente en un obstáculo a partir de entonces.

Si la productividad del capital ha permanecido más o menos constante mientras que la inversión ha constituido alrededor del 10% del ingreso nacional neto, seguramente disminuiría si esta proporción se elevara al 30 o 50%. Se sabe que la productividad del capital varía fuertemente de una actividad a otra, fluctuando del 100% o aún más en el comercio y los servicios (sobre bases anuales), entre 50 y 75% aproximadamente en las manufacturas, y quizá alrededor de 10%, si no es que menos, en la construcción y servicios públicos.¹⁵ Podemos aún suponer su constancia con propósitos teóricos y particularmente con propósitos pedagógicos, pero para el desarrollo de una teoría del crecimiento económico y sus aplicaciones prácticas, esas variaciones requieren claramente que los agregados se subdividan por actividades.

Aquí podemos avanzar dos pasos a la vez. Hasta ahora nos hemos ocupado principalmente del ingreso nacional o producto nacional bruto, esto es, de la producción de los llamados bienes finales para el consumo y la inversión, con o sin la adición de las compras del gobierno. Pero una parte muy importante de la actividad económica consiste no en la elaboración de esos bienes finales, sino en la producción de bienes intermedios para la producción futura. Más que eso: los bienes no se mueven en una sola dirección, de las llamadas altas a las más bajas etapas de la producción; existen remolinos y corrientes encontradas en donde los bienes fluyen de atrás hacia adelante entre las diversas actividades. Nuestro lado de demanda, aun si se descompone en grupos, estará formado todavía por bienes finales, pero en el lado de la capacidad estos grandes flujos interindustriales de bienes intermedios deberían considerarse en forma explícita.

Existe un esquema de esta índole. Es el método del insumo-producto desarrollado por el profesor Leontief.¹⁶ En esencia, como ustedes saben, consiste en estimar la serie de insumos para cada industria en relación con su producción, expresando esas relaciones interindustriales a través de un sistema de ecuaciones lineales simultáneas, y resolviéndolas con respecto a cualquier lista determinada de productos finales. El método es más sencillo de lo que parece. Se sigue por cualquier ama de casa al preparar la comida: dado el menú y el tamaño de la familia, las cantidades y variedad de los insumos, a los que llama ingredientes,

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Wassily W. Leontief, *The Structure of American Economy, 1919-1939* (Nueva York, primera edic., 1941; segunda, 1951); también "Output, Employment, Consumption and Investment", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 58 (febrero de 1944) pp. 290-314, y sus otros artículos.

se determinan fácilmente. Por fortuna, la cocina no requiere de las altas matemáticas porque está exenta de flujos cruzados. Un *pie* se elabora con harina, azúcar y manzanas y, afortunadamente, el ama de casa no tiene que volver atrás y emplear una parte del *pie* para hacer azúcar, ni la harina está hecha con manzanas. En la industria, no obstante, el acero se hace de carbón, de mineral de hierro y de transportes; pero además, el carbón también emplea acero y transportes y el último requiere tanto de carbón como de acero. Es aquí en donde interviene el sistema de ecuaciones simultáneas.

Las publicaciones existentes de Leontief y del *Bureau of Labor Statistics* representan un análisis estático del flujo interindustrial;¹⁷ no separan la formación de capital en sí mismo y están particularmente relacionadas con el crecimiento. De hecho, los insumos de acero, maquinaria o construcción, usualmente destinados a la formación del capital, no guardan la relación normal con los productos corrientes de las industrias que los adquieren, y pueden distorcionar la operación de todo el sistema.

Supongamos que las adiciones al acervo de capital de las diferentes industrias están separadas y que el sistema se reelabora en tal forma que incluya no sólo los flujos (acero, carbón, trigo, transportes en toneladas-kilómetros) necesarios para la producción de una lista determinada de bienes finales, sino también los incrementos de capital que demandará el crecimiento de las capacidades respectivas. En este caso no sólo se requerirá el flujo de los coeficientes de insumo-producto, sino también las relaciones entre los productos y los acervos de capital ya sean marginales o promedio) necesarios para producirlos —las productividades del capital con las que nos encontramos varias páginas antes (aunque Leontief y su grupo prefiere usar sus recíprocos, los coeficientes de capital).¹⁸

Como resultado de esos cambios, debe surgir un sistema diferencial de ecuaciones que pueda ofrecer no sólo la tasa requerida de crecimiento de la producción total (lo que no es importante aquí), sino también las tasas de crecimiento de la producción de las industrias en particular. Ésta es una tarea noble y heroica que requiere no sólo del más sabio análisis, sino también de un volumen considerable de información empírica que es a menudo de naturaleza evasiva. Una cosa es hablar teóricamente del capital y de su productividad, y otra completamente di-

¹⁷ Jerome Cornfield, W. Duane Evans y Marvin Hoffenberg, "Full Employment Patterns, 1950", reimpreso del *Monthly Labor Review*, febrero y marzo de 1947; W. Duane y Marvin Hoffenberg, "The Interindustry Relations Study for 1947", presentado a la Reunión de la Sociedad Económica y a la Asociación Norteamericana de Economía, 26 de diciembre de 1951.

¹⁸ Los resultados preliminares pueden verse en Harvard Economic Research Project, *Estimates of the Capital Structure of American Industries*, 1939 (mimeog., Cambridge, 1950).

ferente estimarlo en la práctica. En este sentido se tiene toda la razón para ser escéptico. Pero el sistema estático de Leontief también encontró cierto escepticismo, quizá porque no hizo uso de nuestros juguetes teóricos consentidos, como las elasticidades de oferta y demanda, sustitución, costo marginal, ¡y de qué no! y porque empleó en su lugar supuestos coeficientes constantes de insumo no obtenidos en forma manifiesta de la maximización de utilidades. Sin duda la gran virtud del sistema de Leontief es que ha sido manejado para obtener razonablemente buenos resultados sin utilizar todos esos conceptos y, por consiguiente, les ha mostrado su lugar como sirvientes a los que se acude cuando se les necesita.

La construcción del sistema dinámico se lleva a cabo en Harvard, por Leontief, Duesenberry y sus asociados; por supuesto, ellos están en mejor situación que yo para tratar el tema. La prueba del pastel consiste en comerlo, y el tiempo nos dirá si el suyo puede digerirse. En mi opinión, llena de prejuicios, éste es el tema de investigación más interesante y prometedor que se ha elaborado en la economía hasta ahora.

IV

En tanto que se recolecta el material empírico, la teoría del crecimiento debe seguir su camino. El estudio frontal en relación con las causas del progreso tecnológico y la acumulación del capital, como sus dos elementos más importantes, podría ser el enfoque más obvio y directo. No estoy en desavenencia con este método, aunque me parece más bien difícil. Como un niño de escuela no muy honesto que no puede resolver su problema, preferiría ver la respuesta al final del libro y entonces tratar de encontrar la contestación satisfactoria. Supongamos que la economía está creciendo. Si podemos aprender algo en relación con su naturaleza quizá seríamos capaces de volver atrás y vislumbrar las causas de su crecimiento, o cuando menos las condiciones que deberían satisfacerse para hacerlo posible.

Empezaremos por descartar la idea de equilibrio como un estado de descanso al cual se espera que regrese un sistema estable.¹⁹ Nuestra economía nunca vuelve atrás. Puede decirse que existe equilibrio en su proceso de crecimiento si sus partes componentes mantienen entre sí una relación apropiada; por ejemplo, la relación de producto a capital, acero y carbón, costos y precios o cualquier otro componente en el que estemos interesados. Junto con el concepto de equilibrio estático debe abandonarse la noción de que el proceso económico es

¹⁹ Esto distingue nuestro enfoque de otros modelos dinámicos en donde los movimientos de las variables se tratan como desviaciones de algunas magnitudes constantes en equilibrio.

finito, de que debe llegar “eventualmente” a un fin. Esta idea afecta decisivamente las discusiones del gasto deficitario gubernamental, de los préstamos exteriores y de la inversión en general, para mencionar sólo unos cuantos factores que se supone que tienen efectos benéficos en tanto que tienen lugar; pero que traen consigo muchos daños en cuanto llegan a su fin y que, en tanto que sean benéficos se juzga que no debieran terminar.

Si la economía está en equilibrio cuando crece en cierto sentido, lo mismo puede afirmarse en relación con las empresas. Estamos interesados no en su producción presente sino en las condiciones bajo las cuales deban incrementar su producción en el futuro. En definitiva, no deseamos que las empresas estén en una posición de equilibrio estático a largo plazo en donde no tengan ningún aliciente para su expansión y, por tanto, para invertir. Si todas nuestras empresas cayeran alguna vez en este feliz estado, terminaríamos quizá con una cuarta parte de la fuerza de trabajo desocupada. La asignación óptima de recursos, igualmente, no significa la máxima producción bajo condiciones dadas en un momento determinado, sino una tasa máxima de crecimiento susceptible de alcanzar (a partir de una situación dada), a través del tiempo.²⁰ Aunque no podría describirse fácilmente la estructura más adecuada para lograr ese fin, ¿cree alguien seriamente que la competencia perfecta, con su gran número de pequeñas unidades, demasiado pequeñas para la investigación y demasiado débiles para llevar a cabo cualquier acción riesgosa en un mundo de incertidumbre, conducirá realmente a la tasa máxima de crecimiento? Si no es así, quizá una buena parte de nuestras ideas en relación con la competencia y el monopolio debieran reconsiderarse.

La tasa de interés, tan debatida por los keynesianos, puede volver a adquirir importancia, no como la causa del ahorro, que parece completamente independiente, ni aun como la determinante del volumen invertido, sino quizá otra vez como un instrumento para seleccionar entre inversiones con un largo período de vida y de un alto coeficiente por unidad de producto (es decir, baja productividad del capital), y aquellas otras de corta vida y bajo coeficiente. Esto puede significar un paso atrás a los antiguos australianos; gracias a la crítica reciente se reconocería que quizá tuvieron un concepto mejor del interés y el capital, en comparación con el crédito que se les concedió. Puede observarse que las inversiones que son duraderas e intensivas de capital pueden retardar el crecimiento en un principio, pero acelerarlo más tarde, en tanto que aquellas de corta vida y bajos requerimientos de

²⁰ Esta afirmación está sujeta a las circunstancias en un análisis estático en relación con la libertad de escoger entre trabajo y ocio, ahorro y consumo, etc.

capital tienen los efectos opuestos. Esta relación entre el lapso de vida de los activos, sus coeficientes de capital y la distribución del crecimiento a través del tiempo provino de un estudio de la depreciación y reposición del capital que se menciona más adelante.

En este modelo de crecimiento, el flujo circular del equilibrio schumpeteriano, en donde está ausente la inversión y el ahorro, también se hace a un lado y el ciclo económico se transforma en una desviación de la economía a partir de la tasa de equilibrio de crecimiento.

No importa cuán poco sepamos en relación con las causas de la inversión, ésta tiene que inhibirse ante la presencia de capital ocioso, en tanto que la utilización completa o la sobreutilización de la capacidad existente tiene que actuar como un estímulo. Esto intensifica la inestabilidad. Si por alguna razón la producción no crece con suficiente rapidez, puede terminar la inversión y es probable que aumente la capacidad no utilizada, que cese la expansión del producto y aun que decline. Por otra parte, el rápido crecimiento del producto presiona sobre la capacidad existente y fortalece la inversión, lo que a su vez acelera el crecimiento del producto e incrementa las presiones sobre la capacidad. Es completamente paradójico que, con una propensión dada a ahorrar, la supresión del capital ocioso requiera de más capital y que para evitar la escasez de capital sea necesario reducir la inversión.

Afortunadamente, podemos disponer de unos cuantos estabilizadores existentes en la realidad, como los cambios en la propensión a ahorrar, el sistema monetario y otros y, por supuesto, es una fortuna que la inversión no esté solamente determinada por el grado en que se utiliza el acervo de capital. El progreso tecnológico, los movimientos de la población, las nuevas empresas, los cambios en los gustos, etc., desempeñan un importante papel. Es extremadamente interesante destacar que el progreso tecnológico y otros cambios que desde un punto de vista estático aparecen como desequilibradores, pueden ciertamente transformarse y convertirse en los principales estabilizadores de una economía en crecimiento. Así, la conclusión correcta en un sistema estático es errónea cuando se aplica a otro en crecimiento. Deben existir muchos ejemplos al respecto y la ulterior investigación en la teoría del desarrollo los traerá a la palestra. Se darán aquí unos cuantos.

No es verdad, por ejemplo, que la acumulación de capital reduce necesariamente la tasa de utilidades, como se creyó por los clásicos, los marxistas y otros. Si se me permite el más sencillo empleo de las matemáticas, la tasa media de utilidades sobre el capital (incluyendo los pagos por concepto de intereses y otros pagos) tiende a ser igual a la proporción del ingreso nacional que va a las manos de los capi-

talistas, multiplicada por la relación entre la tasa de crecimiento del ingreso y la propensión media a ahorrar.²¹ En los Estados Unidos esta relación no ha cambiado significativamente a través del tiempo, ni se ha observado ningún cambio de consideración en la distribución del ingreso entre los capitalistas y otros grupos. Por consiguiente, en sentido secular, no debemos esperar ninguna disminución drástica en la tasa media de utilidades. Podría afirmar que ha sido de alrededor del 6 % y que todavía se mantiene una proporción similar.²² Si el capitalismo norteamericano está condenado a ser un fruto de los perros, tiene que ser impulsado allí por algo más.

Nuestro siguiente ejemplo proviene del comercio internacional. Se acepta generalmente que el saldo exportador de un nuevo país acreedor se reemplaza gradualmente por un saldo importador que tiene su origen en el monto de los intereses (y dividendos) y por los pagos de amortización. En una economía en crecimiento esto no ocurre necesariamente. La relación entre el flujo interno y externo de fondos es una función de la tasa de crecimiento de los préstamos y la tasa promedio de los ingresos recibidos. En tanto que la tasa de crecimiento exceda a la tasa de ingresos, se mantendrá un balance de exportaciones. Esto es completamente evidente y sería obvio si no observáramos a la inversión extranjera como un proceso finito que terminará después de tres o cinco años, depende de la audacia de la imaginación del autor.²³

Mi ejemplo final se refiere a la reposición y depreciación. Estamos acostumbrados a pensar que después de la terminación del período inicial siguiente a la adquisición del primer activo, la reposición y depreciación que se origina en un continuo flujo de inversión debe estar saldado, excepto por los cambios de precios y los errores en la estimación del período de vida de los activos. En una economía en crecimiento, no obstante, aun a precios constantes y con cargos correctos de depreciación (computados de acuerdo con el método lineal), los últimos deberán exceder considerablemente a los gastos de reposición. La relación entre ellos pasa a ser una función de la tasa de crecimiento de la inversión bruta multiplicada por su período promedio de vida. En este país, esas dos magnitudes (en términos reales) puede considerarse que están muy cerca del 3 % y 30 años respectivamente, con el sorprendente

21 Este resultado puede obtenerse fácilmente de la expresión que indica que la relación de ingreso nacional a capital se acerca a un límite de la relación de la tasa de crecimiento a la propensión a ahorrar, presentada en mi artículo "Capital Expansion, Rate of Growth, and Employment", *Econometrica*, vol. 14 (abril de 1946), p. 142.

22 Una estimación burda fue hecha en mi artículo "Public Debt and National Income", *Public Finance and Full Employment*, Postwar Economic Studies, núm. 3, diciembre de 1945, publicado por el Board of Governors of the Federal Reserve System.

23 Véase mi artículo "The Effect of Foreign Investment on the Balance of Payments", *American Economic Review*, vol. 40 (diciembre de 1950), pp. 805-826.

resultado de que en un período de años, la reposición no excede alrededor del 60 % de los cargos de depreciación.²⁴

Ésta no es necesariamente una sugestión para reformar nuestras leyes impositivas. Los aumentos en los precios pueden más que hacer desaparecer esta diferencia, aunque no cada aumento de precios es suficiente y, ¿cuál sería el caso ante una disminución de precios? Estamos interesados en esta diferencia porque muestra el peligro de suponer que el problema de reposición y depreciación no existe si se trabaja con series netas de ingreso, inversión, etc. Si se acepta que los coeficientes brutos de capital tienen mayor significación que los netos, lo que es muy probable, los modelos de crecimiento publicados hasta ahora tendrían que reconsiderarse.²⁵

El estudio de la depreciación y reposición del capital va más allá, creo yo, de la mera manipulación contable y ofrece una valiosa ayuda para el desarrollo de una teoría del crecimiento. Además, si consideramos el hecho de que en ausencia de cambios de precios cerca de dos terceras partes de la formación bruta de capital de este país podría financiarse por los cargos de depreciación (siendo también esta proporción una función del producto de la tasa de crecimiento y de la vida promedio de los activos),²⁶ la regulación del crecimiento económico por el tratamiento apropiado de los cargos de depreciación bajo las leyes impositivas puede transformarse en una posibilidad práctica.²⁷

V

Éstos son solamente unos cuantos ejemplos de los cambios que puede tener el pensamiento tradicional aun con estudios muy preliminares del crecimiento, además de algunas indecisas sugestiones para el trabajo futuro. Titubeo por la sencilla razón de que no he pensado lo suficiente hasta estar completamente seguro del éxito. Probablemente ter-

²⁴ Este estudio, todavía no publicado, fue hecho en el verano de 1951. Muestra que después de la expiración de los años m originales, la relación de gastos de reposición a cargos de depreciación serán y permanecerán iguales a $\frac{rm}{rm - c - 1}$, en donde m es la vida promedio de los activos y r es la tasa

relativa de crecimiento de la inversión bruta.

²⁵ Véase la nota anterior.

²⁶ Empleando los símbolos de la nota 24, la relación de los cargos de depreciación a inversión bruta, después de la expiración de los primeros m años, se transformará y permanecerá igual a

$$\frac{1 - e^{-rm}}{rm}$$

²⁷ Esto se ha aplicado ya en la práctica. Véase H. D. McGurran, "Some Recent Developments in Canadian Taxation — Deferred Depreciation", *National Tax Journal*, vol. 4 (diciembre de 1951), pp. 299-303. La depreciación acelerada de las plantas para la defensa representa otro problema.

minaremos enfrentándonos a una empresa quimérica. Por una parte está el problema de la creciente complejidad. No es sólo la cuestión de matemáticas superiores —en este caso puede acudir a los expertos— sino que lo intrincado de las respuestas puede despojarlos de significación económica. Por otra parte, los resultados pueden ser sencillamente triviales. Esto sería muy triste.

Y no obstante, todavía creo que, hasta ahora, esos modelos de crecimiento, a pesar de todas sus simplificaciones, abstracciones, estrecheces y muchos otros crímenes, no son completamente inútiles para el entendimiento de la operación de nuestro sistema económico. Sin el empleo de matemáticas superiores, si sólo logramos reflejar que un incremento en la capacidad está relacionado (sin importar lo burdo de la relación), a la inversión, en tanto que un incremento en la demanda agregada está relacionado con la *tasa de incremento de la inversión* y que, por tanto, se requiere de un continuo crecimiento del ingreso y más probablemente de la inversión, para mantener a la economía en un mar apacible, la naturaleza del sistema capitalista y la dificultad de mantener la ocupación completa año tras año sería más fácil de entender. Si damos un paso ulterior y observamos que la relación entre el acervo de capital y el producto depende de la tasa de crecimiento del último (y de la propensión a ahorrar), y que existe una tasa de crecimiento del ingreso bajo la cual, en las condiciones existentes, se mantendrá el equilibrio entre el capital y la producción y que evitará, por tanto, la excesiva acumulación de capital, la teoría de la sobreinversión y subinversión, del sobreahorro y subahorro, de la tasa decreciente de utilidades, de la desaparición de las oportunidades de inversión ¡y qué no! llegarán a ocupar el lugar que les corresponde. *El equilibrio económico se transformará en un caso especial del problema del crecimiento económico.*

Hasta aquí el trabajo en este lado del puente. Es probable que el profesor Wright empiece en el otro extremo. Quizá nos encontremos a la mitad de él algún día.